

hijo de Felipe Igualdad, el héroe de la batalla de Neerwinden ó de Tongres, y como éste el día 4 hubiera ganado la frontera, la Convención se dejó arrastrar á una medida funesta, á la de reducir á prisión á todos los miembros de la familia real que aún vivían en Francia. Entre estos se hallaba el general Felipe Igualdad, miembro de la Convención. Con la prisión de Felipe se abrió la brecha á la inmunidad parlamentaria, por la que habían de pasar los más esclarecidos miembros de la Convención.

Había la Convención osado mucho al excluir del Comité de salvación pública á los radicales, y estos no eran hombres que se dejaran anular muy fácilmente. Para abrirse paso tenían el hueco que habían dejado los desconcertados girondinos y estos habían de ser sus primeras víctimas. Danton no había de socorrerlos, y los hombres del centro se habían embarcado con singular imprevisión en la nave revolucionaria. Luégo Danton al romper con ellos les había amenazado, habían sido ministros del rey y por todo esto se les podía acusar de traidores, sin necesidad de precisar cargo alguno. Esta acusación la formularon los días 8 y 10 de Abril dos secciones, y Robespierre tuvo valor suficiente para sostenerla dando lugar con su lenguaje á que su antiguo amigo Petion perdida la paciencia le replicara con la mayor energía. Guadet sostuvo á su amigo y cargó contra Marat con tanta rudeza, que la Convención votó el 12 de Abril la acusación de Marat, presidente de los jacobinos, á pesar de que Danton preveyendo lo que indefectiblemente había de suceder pedía á voces que no se tocara á los miembros de la Convención. A esto respondieron las secciones y la Comuna reclamando de la Convención, que cuando la mayoría de los departamentos se hubiese pronunciado en favor de su petición, ésta fuera ejecutada. Lo que se pedía era, que se retiraran de la Asamblea veintidos diputados, es decir, veintidos girondinos, Brissot, Vergniaud, Petion, Guadet, Genoué, Barbaroux, Buzot, Condorcet, etc., lo que hizo decir á Fonfrede que él protestaba de la ofensa que se le había hecho no incluyéndole en la lista, y á su ejemplo los tres cuartos de la Asamblea pidieron que se les declarase suspensos.

Danton y la montaña tuvieron que retroceder. Como fué uno de los amigos de Danton el que leyó la proposición de las secciones, no se ha dudado jamás de que no fuera obra suya, y se ha explicado el acto diciendo que Danton quería separar de la Asamblea á los veintidos para salvar sus cabezas. ¿Si éstas no estaban garantidas con la inviolabilidad, quien había de garantizarlas cuando pudieran poner

sus manos en ellas los miembros de las comunas ó de los comités revolucionarios? Si Danton, pues, se propuso salvar á los girondinos, lo que hizo fué adoptar el plan que éstos siguieron para salvar á Luis XVI. Las consecuencias habían de ser las mismas.

Todavía los girondinos, como se ve, podían resistir con éxito, y Vergniaud logró el día 20 su último triunfo. Hizo declarar calumniosa la petición contra ellos se había dirigido y rechazó la apelación á las Asambleas primarias de la Comuna de París y de treinta y cinco de sus secciones contra los girondinos. Pero Vergniaud ni sus amigos, ya lo sabemos, no eran hombres para saber aprovecharse de la victoria, y casi en el mismo día en que ganaban la batalla perdían la campaña.

Habíanse dado jueces á Marat, pero jueces que habían de absolverle: Fouquier-Tinville, el fiscal del tribunal, cuyo puesto ocupaba por recomendación de su primo C. Desmoulins, cuya cabeza había de hacer rodar como las de tantos otros de sus protectores, declaró infundados los cargos que se hacían á Marat de haber excitado al pueblo al pillaje y al asesinato, al establecimiento de la dictadura y al envilecimiento y disolución de la Asamblea nacional. Absuelto Marat, el populacho le escoltó hasta la Asamblea reinstalándole en su puesto. Lavado Marat de todo su pasado por una sentencia del tribunal revolucionario, nadie como él tenía autoridad para acusar en la Asamblea á todo el mundo. Esto lo comprendió el furioso demagogo y fué implacable y cruel en su venganza. Absuelto él, era necesario que sus acusadores pasasen por la prueba á que se le había sometido.

Los girondinos, á quienes tantas veces hemos visto perder de vista la realidad de las cosas, cometieron á poco una falta gravísima que había de enagenarles las pocas ó muchas simpatías que aún tuvieran en la opinión.

En medio de los triunfos de la Vendée, y cuando la fermentación era extremada, la eterna cuestión de las subsistencias se presentó de nuevo. Fijar un máximo para la venta de los granos y pagar lo asignado fué el remedio extremo que Cambon sostuvo contra los girondinos, á quienes naturalmente no dejaron las secciones de acusar que querían matar de hambre al pueblo, cuando Cambon precisamente censuraba lo que recomendaba con los mismos argumentos empleados por los girondinos, pero cuyas medidas sostenía por razón de conveniencia política, por hacerlo necesario el estado del país y de la república.

Sacrificar á las circunstancias es cosa difícil. Para los hombres de idea es siempre una falta, y sobre todo, nunca creen llegado el caso que pueda autorizarlo. Por su parte los que creen que gobernar es dejarse arrastrar por las corrientes populares, y el pueblo es en este caso lo mismo la masa inconsciente, que la masa consciente, pues ésta no se alucina menos fácilmente que la primera, creen siempre llegado el caso de ceder ó transigir con las circunstancias. Pero ahora, en verdad, el caso había llegado, la hambre era extrema entre las clases pobres. Francia estaba en guerra abierta con todos los pueblos que rodean sus fronteras y la frontera marítima la cerraba ya Inglaterra que además había prohibido, como ya hemos visto, la exportación de granos. Alimentar al pueblo era, pues, lo primero de todos, y los girondinos quisieron que viviera en aquellos días sólo de principios económicos.

De la misma manera se oponían á que se declarara forzoso el curso de los asignados, cuando ya no se compraba ni se vendía más que con esta moneda, y al armamento general para resistir al extranjero que ya tenía de nuevo puesto sus pies en Francia, y á la triunfante insurrección de la Vendée, la Gironda siempre decía que aún no había llegado la hora para tan graves medidas.

Si en todo esto tenían los girondinos la razón, si la idea estaba de su parte, no les faltaba la razón tampoco al amparar la municipalidad marsellesa que era girondina, y en atacar la municipalidad jacobina de Lyon haciendo que la Convención declarase que autorizaba á los lioneses para resistir con la fuerza las órdenes de arresto que lanzaba su tribunal revolucionario,—12-15 de Mayo,—pero es lo cierto que en una y otra ciudad tenían los realistas grandes fuerzas, y que ya éstas con el nombre de girondinas procuraban introducirse con este disfraz en la situación, con lo que se hizo cada vez más crítica la situación de los girondinos, que veían aquí y allá presos á sus amigos, y á sus jefes envueltos en el general desprestigio que la prisión de los contrarrevolucionarios no podía menos de causarles. Pero en estos días se mostraba la fortuna propicia, y osaban, como aconsejaba Danton, pero sin reparar querellas, no tenían retirada. ¿Y qué había de suceder si llegaba el caso en que les tomaran de nuevo la delantera á sus enemigos?

Estos estaban no desconcertados, sino aturridos con los golpes que recibía la revolución. Al triunfo de la contrarrevolución en Marsella y Lyon, se unían las prodigiosas victorias de la Vendée que engullía en su Marais á los miles de hombres que la Con-

vencción enviaba allí para dominar el país, y con éstos triunfaban en la frontera los aliados. Estos habían puesto sitio á la pequeña plaza de Condé y para salvarla envióse el ejército de Dumouriez que ahora mandaba Dampierre, 30.000 hombres contra 60.000. Dampierre fué derrotado,—8 de Mayo,—y su honor sólo quedó en salvo pues se hizo matar en la batalla como un valiente. Esta victoria llevó á los aliados á Valenciennes la que era ya más importante y más grave.

Todos estos contratiempos tenían revuelto el país que no veía en parte alguna, que no sentía en parte alguna la acción directiva. Esta correspondía de hecho de nuevo á los girondinos, ¿pero qué sucede cuando éstos tratan de darle cuerpo? Lo que tantas veces hemos visto. Que los girondinos se combaten entre sí.

Guadet, cuyo temperamento ya conocemos, pidió á la Convención el día 18 de Mayo, que se disolviera á la municipalidad de París y que se formara interinamente una nueva con los jefes de las secciones. Luégo en previsión del caso de que las turbas parisienses disolviesen la Convención, propuso que se autorizara á sus suplentes llegado dicho caso, para que pudieran reunirse en Bourges y constituir una nueva Asamblea. El centro no se atrevió á seguir por este camino á los girondinos, veía la revolución en las calles de París y le infundían pavor tantas perturbaciones. El centro lo que hizo fué sostener por su órgano habitual, Barere, la conveniencia de nombrar una comisión encargada de dictaminar sobre los actos de la Comuna, y esta comisión se compuso de girondinos exclusivamente, aunque no de los jefes, y en esto cometieron nuevo error los girondinos que hubieran debido llevar á la misma á los más posibles de los miembros del centro, pero entre éste y los girondinos no existió jamás pacto, concordia, ni alianza alguna. Sin embargo, la exasperación de la Comuna fué extrema, y los radicales y demagogos lo que menos pretendían era apoderarse de los veintidos y de los doce, que no se atrevieron á pasar á vías de hecho ante la actitud de la Convención que creían contraria.

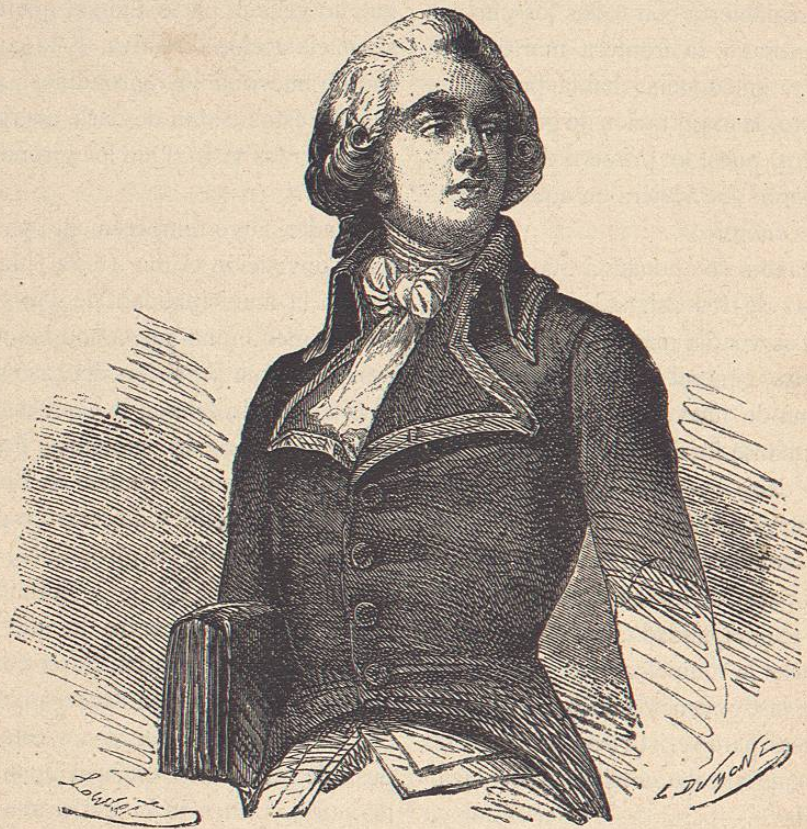
Pero los girondinos eran impenitentes y en estos mismos días en que libraban la grande y decisiva batalla eran incapaces de una clara inteligencia del estado de las cosas. Debía resolverse sobre la proposición del departamento del Herault, del departamento de Cambon sobre un empréstito forzoso para las necesidades de la guerra y los armamentos públicos, y aún cuando este empréstito debía pedirse á los ricos, lo que evidentemente era monstruoso,



como no había posibilidad de encontrar fuera de sus gavetas un solo sueldo, varios girondinos, y entre ellos Rabaut-Saint-Etienne, Lanjuinais convinieron en la necesidad de tal medida que Cambon había sistematizado y generalizado, pero Barbaroux, Buzot y otros de sus amigos, hicieron todo lo posible para hacerlo naufragar, de modo que no parecía sino comedia concertada tanta contradicción, y de aquí resultaba que no se agradecía ni á los unos ni á los otros nada de lo que hacían, por aquellos que á la

política le piden siempre resultados prácticos é inmediatos. De modo que los girondinos venían quebrantados á la discusión de la proposición de los doce.

Los doce no se atrevieron á grandes cosas. Pedían que las secciones tuvieran que cerrar sus sesiones á las diez de la noche, y que se reforzase la guardia de la Convención, desde el día 10 de Mayo, instalada en las Tullerías, pero se continuaba dejando la fuerza armada en manos de la Comuna, y por consiguiente el gran peligro de un golpe de mano de



M. DE NARBONNE

ésta contra la Convención continuaba en pié, y sin embargo, estos mismos hombres se atrevieron á hacer prender á Hebert y otros dos de sus satélites que en los clubs pedían las cabezas de los girondinos. Esto era provocar la guerra civil en las calles de París, porque la Comuna se sentía ultrajada y amenazada en la persona de su substituto del procurador, y las secciones comprendían que si no desvanecían la tempestad iban á ser arrastrados por ella.

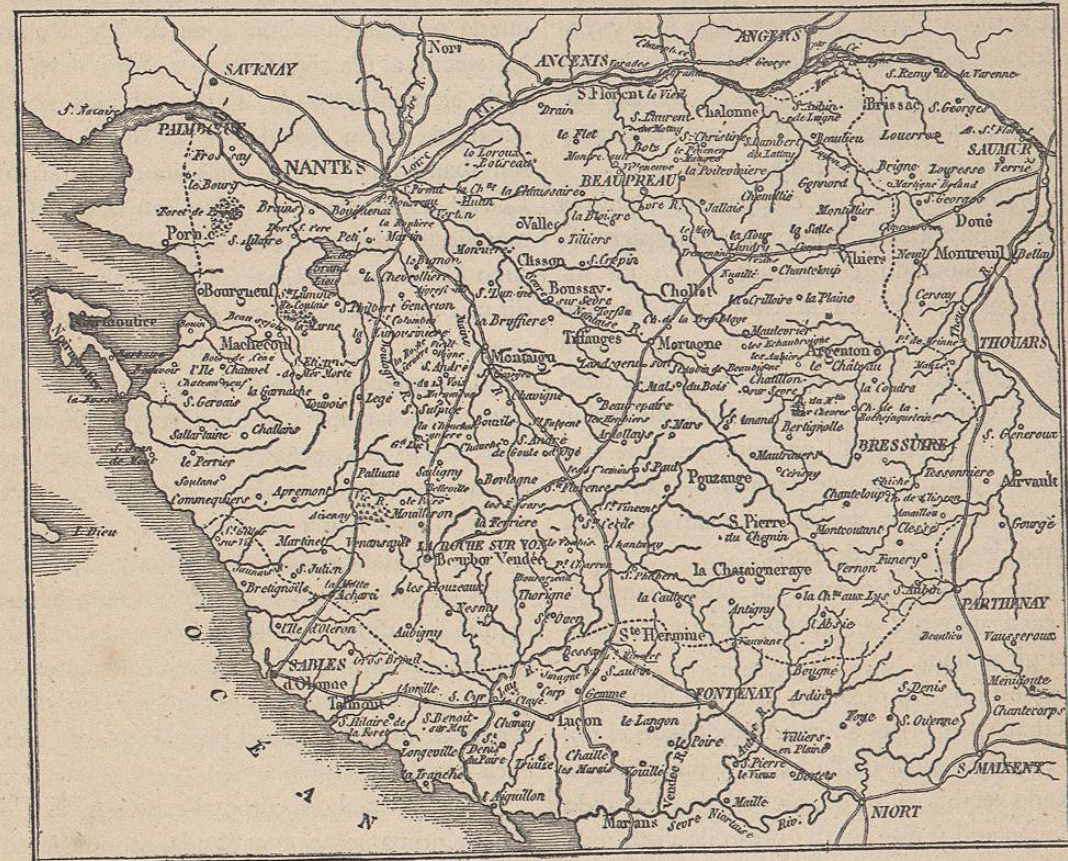
Así mientras en la calle se procedía al nombramiento de un comité de acción, cuya presidencia se dió nuevamente á Maillard,—26 de Mayo,—y Robespierre llamaba al pueblo á las armas en los Jacobinos para que se levantaran contra la Convención

y «la librasen de todos los diputados corrompidos, y al otro día invadían partidas armadas la Convención, ésta, por iniciativa de la Comisión de los doce, se rodeó de un millar de guardias nacionales girondinos. ¿Iba la Convención, por fin, á seducir á la Comuna y á las secciones á su natural oficio? Todo menos esto. Su presidente Isnard se dejaba arrastrar fácilmente por su temperamento, y eran ya muchos los que hablaban de las exageraciones de los doce. El mismo Garat declaró que nada había que temer y esta seguridad dada por el gobierno deshizo todas las prevenciones, tanto que habiendo aprovechado los montañeses el final de la sesión, cuando ya gran número de diputados se habían retirado para decretar la libertad de los detenidos, y

al otro día se quiso anular la medida, sólo 279 votos contra 239 se pronunciaron contra la sorpresa de los montañeses. De modo que la fuerza de resistencia á la demagogia se descomponía en los momentos mismos en que iba á tener que dar el golpe decisivo, y cómo no, si Condorcet y varios de sus amigos sostenían con sus votos lo hecho por la montaña, y esto cuando contra Condorcet tenían los

montañeses tantas ó más prevenciones que contra los demás girondinos?

Los doce ante esta inesperada coalición, ó ante esta discrepancia retrocedió. Los doce con este paso atrás se habían perdido, y perdido á sus amigos. No hay retirada posible para un ejército que al romper por el centro lleva á sus alas sus enemigos. Los doce consintieron en que fuese puesto en libertad Hebert.



Mapa de la insurrección de la Vendée

Hebert era, pues, inocente, así se presentaba á los ojos del pueblo, que nunca sabrá distinguir entre términos medios, y por lo mismo la violada inocencia del inmundo Hebert merecía reposición que se había de tomar de los que le habían ofendido.

La insurrección, pues, contra la Convención, ó contra los doce que era lo mismo, parecía á los patriotas de la más estricta justicia. La insurrección se organizó fácilmente. Marat y Hebert estaban de nuevo uno al lado del otro en el palacio episcopal con sus setembristas, mientras Pache, que era á la sazón alcalde de París, auxiliado por Chaumette que ocupaba el puesto de procurador-síndico de la misma, la protegía haciendo que la Comuna acor-

dase esperar á conocer el deseo de las secciones para obrar.

Por fin, á las tres de la madrugada del 31 de Mayo, la campana de Notre-Dame, tocó á arrebato, y á las seis de la mañana se presentaron los delegados del comité del Évêché,—palacio episcopal,—presididos por el juez del tribunal revolucionario Dobrent, preso por los doce y que como á Hebert se hubo de poner en libertad, para declarar lisa y llanamente á la Comuna que el pueblo había anulado los poderes de todas las autoridades constituidas, y la Comuna, como prueba de que no tenía nada que ver con la insurrección, remitió á dichos delegados, es decir «al pueblo soberano» sus poderes, y